

La miseria de la política

La miseria política que hoy padecemos es inaudita: hemos llegado a una total degradación en la que predominan los insultos, las descalificaciones y, desde luego, las improvisaciones y una total mediocridad. Del mismo modo que no hay partidos políticos de valía, con programas coherentes y grandes visiones de México, tampoco hay funcionarios y políticos de talla. Desde Vicente Fox hasta el último de sus empleados dan pruebas de una total pequeñez. Se suponía que con este gobierno tendríamos un gabinete ejemplar y lleno de figuras nobles, cultas y experimentadas. En su lugar recibimos personas de cortos alcances como Carlos Abascal, Jorge Castañeda, Ernesto Derbez, Reyes Tamez Guerra, Alberto Cárdenas, Santiago Creel y varios más. Estas figuras han dado al traste con más de una institución creada con esfuerzos terribles por el país en su conjunto. Sólo pensemos en la diplomacia mexicana, era un orgullo para el país y nos daba prestigio internacional. Hoy ha sido sustituida por el “Comes y te vas” o por la condición perruna hacia Estados Unidos. Para qué hablar de la educación y la cultura hoy en manos de personas de escasas lecturas y absoluta inconciencia de la fuente extraordinaria que significan esos valores para nuestro desarrollo espiritual. El costo, pues, ha sido enorme. Lejos estamos de figuras nobles como Jaime Torres Bodet, Agustín Yáñez o Jesús Reyes Heróles y en manos de auténticos enanos. ¿Para qué ver al país en su conjunto? Por ello, en esta ocasión, hemos seleccionado como documento para la memoria un espléndido texto del historiador Gastón García Cantú, amigo cercano, intelectual distinguido, sobre Jesús Reyes Heróles, un político que le dio dignidad al sistema político mexicano y un intelectual que deslumbró con sus análisis sobre el liberalismo mexicano. Sirva para valorar la grandeza perdida y la manera en que las actuales generaciones despilfarran el patrimonio intelectual y político que hemos recibido. El ensayo sobre Jesús Reyes Heróles se titula “El intelectual y el político” y fue publicado en el libro *Cruce de caminos* (1985) y reproducido fragmentariamente en *Idea de México*, de Gastón García Cantú en 1988.

El Búho

*Jesús Reyes Heróles el intelectual y el político**

En México, los intelectuales, en la era de la fundación de la república y la democracia, fueron políticos. Nuestro liberalismo, por tanto, es obra de intelectuales en la política. La Revolución de Reforma fue de principios, urgidos los hombres por resolver los problemas nacionales. Sus ideas fueron el móvil de su conducta moral. Ocampo expresó tal actitud en su breve paso por el ministerio a Comonfort. Política radical opuesta a las transacciones. Aquellos políticos, aquellos intelectuales, entraban al gobierno de Juárez como salían: pobres y con el

Para la Memoria Histórica

(Archivo coleccionable)

GASTÓN GARCÍA CANTÚ

ánimo más levantado. Si sólo se oían por las escaleras del Palacio Nacional “las botas fuertes de los caudillos”, quedaba, entre una y otra labor liberal, nuevas leyes y la certeza de alcanzar, algún día, un nuevo país. Con el porfiriato y el ascenso capitalista las cosas cambiaron. La política de los reformadores fue abolida paso a paso: la muerte de algunos y el exilio de otros. El modernismo coincidió con las dictaduras latinoamericanas. Pedro Henríquez Ureña, espectador de sus efectos, reconoció que la tradición intelectual en nuestros pueblos había sido la del compromiso político de sus escritores. En México, la ruptura previa con la dictadura ocurrió en dos vías, la de los intelectuales y la de los inconformes; unos buscaban en las humanidades la aptitud crítica de la que nace, diría Henríquez Ureña, el dominio del método, de la técnica científica y filosófica y otra virtud más alta, la del modelo de la disciplina moral, la perfección del hombre; otros, preparaban su acción en las páginas críticas de La sucesión presidencial de Madero,



Victor Mora

que hizo de la revisión histórica del país el origen de nuestra democracia social. “La obra de la generación de los intelectuales de 1910, escribió Vicente Lombardo Toledano en *El sentido humanista de la revolución mexicana* (1930), tuvo la significación que tiene toda renovación espiritual en la historia de los pueblos. Subvirtió los valores en que se apoya la conducta: no conformidad sino rebeldía creadora, sentimiento de responsabilidad ante lo injusto, afán de vuelo ante los obstáculos del destino aparente. Los que cursábamos el primer año de la Preparatoria en 1910, y que por diversas circunstancias no nos dábamos cuenta exacta de las

quejas amargas de las masas, al llegar a la cátedra del maestro Caso oímos la revelación de nuestro pasado histórico y adquirimos la noción clara de nuestro deber de hombres y la confianza en la consecución de los designios del espíritu... El otro grupo no estaba compuesto de intelectuales como los del Ateneo: unos eran parias iluminados, otros ardían en el fuego de la doctrina anarquista. Mientras los restauradores de la filosofía y de las humanidades demolían con la conferencia la tesis darwinista, burguesa, de la vida social, los otros luchaban con la palabra y el fusil por derrocar las instituciones burguesas. Los unos invalidaban

el régimen en sus cimientos más hondos, los otros acometían la empresa de derribar el edificio mismo de la dictadura. Tareas semejantes que la historia no debe dejar de valorizar unidas.”

Una vez conquistado el poder “se levantaron las manos pidiéndonos tierras”, diría Luis Cabrera. Pocos vieron que la Revolución era una revolución campesina y que las nuevas leyes, la Ley de la Tierra. El artículo 27, hacia 1920, levantaría la oposición política y armada de los Estados Unidos. W. Wilson ordenaría dos veces la invasión de México, provocando la unidad efímera y otro sesgo en la guerra civil. La obra antiimperialista de Carranza sería rectificadada por Álvaro Obregón cuyo gobierno pareció una vuelta del tiempo de Porfirio Díaz: hizo del reconocimiento de su administración por los Estados Unidos, la teoría interna de su legalidad y, de la reelección, su principio exterior. La paz y los intereses extranjeros estaban, al fin, vinculados. El periodo del envilecimiento político terminó en la era de Cárdenas. Una joven generación llega a la Universidad. La confusión y el olvido del pasado inmediato no permitieron la reconquista de las humanidades haciendo posible, en cambio, que el asombro fuera previo al entendimiento. Lo imposible fue lo real: tierras para los campesinos, armas para organizar la defensa de su conquista, libros, respeto a la vida de los adversarios, alegato internacional por los pueblos débiles, asilo a los perseguidos, huelgas por mejores salarios, retorno de los braceros, ninguna inversión extranjera, ninguna visita presidencial en Washington, y las nacionalizaciones. Los ideales políticos se volvieron cotidianos. La historia y la política constituían la realidad. Aquella generación se escindió en la acción política y el estudio de la historia; ideologías y el conoci-

miento del pasado. A los dieciocho años de su edad, Jesús Reyes Heróles fue secretario de Heriberto Jara, constituyente del 17. Podía ser la acción y podía, también, ser el estudio de la historia. La vocación se tramó de entre ambas. La vida le depararía golpes insólitos y momentos de sabia recreación. De una y otra tuvo cabal conciencia. En la acción, la obra teórica; de la síntesis al fuego contradictorio de los hechos. Uno de sus mejores libros lleva el título autobiográfico de *La Historia y la acción*, discurso suyo en su recepción como académico en la de Historia, correspondiente de la de Madrid. *Historia y acción*, es decir, historia y política: el intelectual y el político. Acaso por tal certidumbre estudió el liberalismo mexicano, obra de intelectuales en la política que descolonizará a México.

En su discurso (7 de agosto de 1968), precisamente en los días de la ofensiva del Gobierno contra la Universidad. Reyes Heróles examina el ensayo de Ortega y Gasset sobre Mirabeau, deteniéndose en la descripción que del político hiciera Ortega de la cual desprende una estricta crítica. Ortega intuyó lo que Reyes Heróles vivía con pasión y lucidez. Refuta dicho ensayo con pruebas rotundas. “El político revolucionario, escribió de lo dicho por Ortega, es un contrasentido: o se es político o se es revolucionario. Este último, al actuar, obtiene lo contrario de lo que se propone, pues toda revolución provoca su contrarrevolución. En cambio (citando textualmente a Ortega): ‘El político es el que se anticipa a este resultado, y hace, a la vez, por sí mismo, la revolución y la contrarrevolución.’ Junto a la paradoja viene la acrobacia; el político con las siguientes cualidades: facultad para la transacción, flexibilidad y previsión.

Como se ve Ortega y Gasset excluye más de lo que incorpora. Deja de lado algo decisivo en la acción: la capacidad para transformar el medio, las cosas. Ignora el hombre que con su acción modifica la realidad, que por su sagacidad y destreza aprovecha coyunturas para transformar radicalmente realidades maduras que, incluso, pueden estar invitando al cambio...”

Reyes Heróles subraya el juicio adverso de Ortega al intelectual y al político; el primero interpone ideas entre el deseo y la acción; el político no lo hace. La división, concluye Reyes Heróles, es inconciliable. Su objeción conlleva su protesta:

“...la figura del intelectual, ofuscado o no por sus ideas, o inepto para ejecutarlas por mera profesión, y la imagen desmedrada de un político sin ideas, sólo apto para la transacción oportunista, en el más miserable y valioso de los sentidos.

“En contraste con esta tesis, afirmamos que la actuación requiere del pensamiento y que el pensamiento se amplía con la actuación ligera o profunda, pequeña o grande, que, en fin, pensar y actuar se robustecen al comunicarse.”

En esta crítica, Reyes Heróles trazó su propia semblanza, la del intelectual con capacidad de actuar por tener y proponer ideas y la del político que elige el momento para expresarlas actuando en consecuencia. No hay duda: ésta fue su mira y el compromiso que tuvo consigo mismo.

El drama ocurrió de la realidad a su conciencia: Reyes Heróles estaba dotado para actuar, sin dicotomía interior, como un intelectual. Deseaba “transformar radicalmente realidades maduras”, sólo que su tiempo, el tiempo posterior al del gobierno de Cárdenas, no lo hizo posible. La contrarrevolución que va de principios de 1941 a 1952

abrogó conquistas alcanzadas, moderó la conciencia política y detuvo el salto histórico siguiente, por ello la obra de Cárdenas fue una y otra vez mellada. Detuvo, impidió cosas que juzgó adversas y logró no poco de lo que perdurará de esta época. La vida de Reyes Heróles ha tenido, como arco en tensión, extremos entre los cuales ha creado obras de intensa reflexión histórica y aciertos políticos. Fueron los instantes de la concordancia entre “el intelectual (que) debe ser ocupado en mucho (y) el político (quien) sólo se justifica en la medida en que está regido por un pensamiento.” Por demás sería agregar que en tiempos de moderación el intelectual elude la política y el político las ideas. Son las horas propicias para los intelectuales que van del mundo de las abstracciones al conservadurismo o el oportunismo político.

Lo primero que a un político preocupa es el conocimiento de la realidad política; la inmediata pertenece a la práctica la cual, para serlo en verdad requiere del estudio de la historia nacional; la que abarca como un todo las expresiones diversas de una época corresponde a la teoría del Estado. Reyes Heróles, recién graduado, ocupa esa cátedra en la Facultad de Leyes de la Universidad y después, becado en Argentina, escribe *Tendencias actuales del Estado* (1945), ensayo sobre la crisis del Estado moderno, con un comprensivo prólogo de Silvio Frondizi, quien sería asesinado por la Triple A, organización fascista de la dictadura de Argentina. El ensayo revela el rigor de los estudios académicos de Reyes Heróles. Bien se sabe, la tesis, más que proposición es una síntesis de conocimientos sobre un tema elegido por preferencia, deslinde o respuesta a una pregunta. La *Carta de La Habana* (1948) es una exposición de problemas del dominio

económico de los Estados Unidos. Reyes Heróles analizó con sencillez la divergencia teórica fundamental: “Las diferencias entre la tesis sostenida por Clayton (William L., delegado norteamericano) y la interpretación que nosotros sostenemos es simple cuestión de perspectiva: él ve funcionar el sistema desde el país más desarrollado económicamente del mundo y nosotros lo vemos desde un país incipientemente desarrollado.” Es decir, la economía política del imperialismo y la política económica de países, como el nuestro, en lucha por su independencia. A través de las tesis de Clayton estaba el sistema neocolonial; no lo alcanzaron los Estados Unidos pero sí encaminaron todos los recursos de la presión internacional para lograrlo. El valor de este estudio de Reyes Heróles está en la actualidad del rechazo a los propósitos norteamericanos.

La Carta fue el principio del ciclo económico emprendido por Reyes Heróles, continuando en el

Acuerdo arancelario general: Actualidad y perspectiva (1950) al que seguirían, Bajo el signo de la inflación (1951) y El papel del Estado en el desarrollo económico (1952), en el cual la duda hobbitiana se interpuso entre su esperanza política y el análisis histórico: “En un camino amenazado por quienes de una parte luchan por un exceso de libertad, y de otra por un exceso de autoridad, resulta difícil pasar indemne entre los dos bandos.”

A fines de 1952, Reyes Heróles volvería al tema político en un ensayo esencial para conocer su tránsito al estudio de la historia: Restauración, revisión y tercer camino, en el cual señala, de manera general, las dos vías del mundo contemporáneo: el liberalismo o individualismo y el colectivismo. Breve tratado de definiciones y una conclusión que no carece de ironía. El tercer camino lo traza Reyes Heróles a partir de La crisis social de nuestro tiempo (1941), por Wilhelm Röpke y de considerar sus



Javier Anzures

revisiones en *La crisis del colectivismo* (1947), señalando las contradicciones de esta obra respecto de los argumentos para un tercer camino; su política contra los monopolios y apelación a difundir la propiedad. “El primer punto, escribe Reyes Heróles, lo rectifica por cuanto, en su temor a la estatización, considera que ésta ni siquiera es buena solución en el caso de los servicios públicos. Röpke se pregunta: ‘¿Por qué un monopolio estatal será más inicuo que un monopolio privado?’ y se contesta que, por lo contrario, un monopolio público es más peligroso que un monopolio privado. En esta forma Röpke desecha el único instrumento viable para luchar en contra de los monopolios privados y abandona, por tanto, su política activa contra ellos.

“Röpke deja de lado su propósito de difundir la propiedad, en cuanto prescinde del concepto que sobre el derecho de propiedad parece sustentar en *La crisis social de nuestro tiempo* y en *Civitas humana* (1946), en las que admite las necesarias limitaciones al derecho de propiedad y, por consiguiente, la posibilidad de sujetarlo a función social.” Röpke no sólo contradujo sus tesis sino, en las rectificaciones, retornó al liberalismo económico del siglo XIX que, inicialmente, al elaborar su crítica, condenara. Reyes Heróles señala la desolación en que incurrió Röpke, al contemplar el mundo no en el tercer camino sino al borde del abismo para eludir el cual se acogió al liberalismo. En rigor fue el suyo un solo camino de ida y vuelta, de aquí su ironía teórica.

En ocasión del primer centenario del Plan de Ayutla, Reyes Heróles da a conocer *Continuidad del liberalismo mexicano* (1954), planteamiento del tema fundamental de su obra y definición de su premisa: “Con la simple concordancia de algunos hechos apuntados y con unas cuantas interpreta-

ciones; la mayoría de ellas formuladas con anterioridad, vemos desvanecerse pretendidas sombras del pensamiento de nuestros liberales de la Reforma en lo que toca a la propiedad. El constitucionalismo social de 1917 no fue producto de generación espontánea; por el contrario, tenía raíces muy hondas que arrancaban de nuestros primeros liberales, los de la Insurgencia, quienes actuaron orientados por un definido propósito social. El proceso del liberalismo social mexicano se ha mantenido como ley histórica de nuestro pueblo. Los constituyentes, que en 1917 propugnan medidas sociales, se consideran a sí mismos, y no sin razón, como liberales. Y es posible que en el debate del presente, lo agudo de nuestros problemas económico-sociales y nuestra rica herencia de liberalismo social nos permiten encontrar una fórmula dinámica, fundada en la actualidad del liberalismo mexicano. Nuestros orígenes servirán así para perfilar la meta y aconsejar instrumentos que respondiendo a nuestras necesidades sociales y económicas, salvaguarden la libertad.” Se admitió que Reyes Heróles había logrado, de su estudio del liberalismo mexicano, la conclusión de ser liberalismo social; no fue término sino enunciado lo que representa una idea a demostrarse. En ella emplearía varios años.

Economía y política en el liberalismo mexicano (1956), es complemento de *Continuidad del liberalismo*, al situar a los liberales “frente al problema social y al libre cambio”, consecuencia de su análisis de la propiedad en la Reforma. Una pregunta suya parece responder a quienes dudaran de la premisa de su estudio que abarcaba, como toda historia, las varias vías del conocimiento; economía y política, las principales. “¿Es, pues, extraño que los liberales mexicanos, en aras del liberalismo políti-

co, prescindieran del liberalismo económico cuando la cuestión social, los intereses del país o las realidades nacionales así lo exigieron?” Su respuesta consta en la página final de su ensayo: “Los liberales de México suponían que lo esencial del liberalismo era su aspecto ético-político. Ante los problemas económicos supieron fundir sus ideas con la realidad, haciendo que ésta ayudara a construir un régimen de libertad espiritual. La amplia perspectiva que adoptaron y los problemas de nuestro país, les permitieron dejar como herencia un liberalismo laico, personalista, nacional, antifeudal y profundamente social, en el cual el México contemporáneo puede encontrar todavía inspiración y aliento.” El liberalismo de los países dominadores se modifica, fundamentalmente, en el liberalismo de un país que rompía su pasado colonial.

El liberalismo mexicano (tomo lo., 1957; 2o. en 1958 y 3o. 1961), ha permitido revisar nuestra historia nacional partiendo de una ideología y no de una facción. Los liberales fueron rescatados de la retórica y la omisión cultural del porfiriato. La obra de Reyes Heróles es una historia de México. Lord Acton, de cuyos ensayos fue lector constante, decía que la historia debe estudiarse por problemas, Reyes Heróles eligió el fundamental porque el liberalismo tiene vigencia en una realidad interpretada por sus extremos, unos y otros contrarios a la libertad de individuos y pueblos. El razonamiento que va por entre los temas de política y economía debía tener en el liberalismo su reflexión más sólida, lanzada, finalmente, en otros dos argumentos vinculados a la historia mexicana: Rousseau y el liberalismo mexicano (1961, al celebrarse el doscientos cincuenta aniversario del Contrato social y el Emilio) y La iglesia y el Estado, también de 1961.

En uno y otro ensayos se comprueba que la historia, para Reyes Heróles, era una lectura del presente. De las dos conclusiones de Rousseau desprende metas actuales para nuestros días. “La primera, dijo, consistente en ver que el más fuerte no lo es jamás bastante para mandar si no transforma su fuerza en derecho y la obediencia en deber. Esto es, Rousseau percibe y subraya la inexorable condición de todo poder y muy especialmente del poder político, de transformarse en poder jurídico para legitimarse o justificarse.” Argumento el cual se completa con la idea de la libertad, “renunciar a ella es renunciar a la condición de hombre, es una renuncia incompatible con la naturaleza humana, pues despojarse de la libertad es despojarse de la moralidad.” Tesis las cuales, desprendidas de obras escritas hace más de dos siglos, son actuales en



M. Tarbados

días en que el poder y la libertad constituyen el debate del que depende el porvenir.

En La Iglesia y el Estado a través de su curso histórico, expuso Reyes Heróles otro asunto de nuestro liberalismo: al descolonizar al país se logró separar lo que el régimen de España había unido impidiendo la libertad y la soberanía. “La solución mexicana al problema de las relaciones Estado-Iglesia, escribió, elaborada en el curso de un largo proceso histórico, con importantes perfiles ideológico-políticos, se basa fundamentalmente en la separación Estado-Iglesia; en la secularización de la sociedad para convertirla en una sociedad libre; en la consignación de la libertad espiritual fundamental del hombre, que es la de la conciencia, y en la superación de la antítesis –tan cara a los europeos– de Iglesia propietaria o Iglesia asalariada del Estado. Junto a ello, la solución mexicana afirma la supremacía estatal y establece regulaciones en lo relativo a efectos sociales del culto religioso para impedir –consejo deducido de nuestra experiencia histórica– la acción política del clero.” Problema que explica el papel de la Iglesia ante el Estado y la sociedad civil después de la “guerra cristera” resulta por el acuerdo verbal entre Emilio Portes Gil, presidente provisional, y, principalmente, el obispo Pascual Díaz. Convivencia de intereses mutuos, omitiendo el Gobierno la Constitución de 1917, origen de la oposición del Episcopado.

La política y la historia confluyen nuevamente en La nacionalización de la industria eléctrica (1962) y cinco años después Obras de Mariano Otero, precedidas de un estudio que proyecta al político moderado cuyos argumentos, entre la certeza y la duda, lo llevaron a contemplar el desastre

nacional de la división interna y la guerra extranjera. En Otero y su política moderada –“en su vida, dijo Reyes Heróles, hay luces y sombras. Actuó en política, lo que lo obligó, por una parte, a transigir, a no aferrarse al todo o nada y de golpe” –como en Ramírez y su liberalismo social– el visionario de los nuevos tiempos mexicanos –hay una identificación de destinos: el de los intelectuales y su participación en política; uno fue hábil en las transacciones; el otro, estricto: no dio cuartel; Otero discurrió en la zona templada de la política; Ramírez, en el fuego de las convicciones. Dos destinos y dos lecciones. Reyes Heróles conoció, históricamente, la conducta de uno y de otro; el tiempo en el cual vivió, el nuestro, ha sido propicio para la moderación. Muchos no comprendieron su acción aunque siempre lo respetaron como un intelectual dispuesto a resolver los conflictos en lo probable de cada circunstancia. En cuanto presidente del PRI, su drama fue público; su cultura política estaba muy por arriba de las aglomeraciones de ese partido. No fue la suya obra inútil. En algunos de sus discursos incurrió en argumentos inaceptables, como el de evolución en la revolución; síntesis imposible del dilema de Justo Sierra, y justificaciones de las razones de Estado, cambiantes y contradictorias; imprevisibles y obstinadas conforme nuestro sistema presidencialista. Sistema el cual favorece la lucha en soledad a través de los dos planos en que se limitan los problemas del país: convicción y transacción; oportunismo y oportunidad. Su política fue la de un intelectual empeñado en reformar la sociedad mexicana. A veces, destino de Sísifo. La obra de Reyes Heróles tuvo un propósito: razonar los asuntos de la nación. ■